



Seminario

Hacia el Fin del Milenio

(8 de abril - 1º de julio 1992)

Tema General:
Los avatares sociales

Mesa
Opulencia y nueva pobreza

3

Víctor de Gennaro
Rolando Concatti
Rosalía Cortés

INTRODUCCION A CARGO DE CARLOS CASSINELLI*

Quisiera recordar que este Seminario incluye distintos temas generales. El primero de ellos, "Las incertidumbres del pensamiento" fue desarrollado en las dos jornadas anteriores, en las cuales se reflexionó, en primer lugar, acerca del debate sobre la historia y sobre el lugar del sujeto.

Con la mesa de hoy damos comienzo al segundo tema general relacionado con los avatares sociales. En esta oportunidad hablaremos de la polarización social, la opulencia versus la pobreza. La vida cotidiana y las formas de disciplinamiento son los subtemas que se tratarán en las mesas de los próximos miércoles.

* Licenciado en Sociología.

EXPOSICION DE Rosalía Cortés*

En esta presentación voy a hacer una descripción de los efectos que la prolongada crisis económica de los ochenta, y los cambios en la orientación de la intervención social del Estado, provocaron en el mercado de trabajo.

A partir de la reestructuración de la intervención social del Estado, se produjo en la Argentina una reversión del marco institucional que regía la determinación del salario y de las condiciones de trabajo, de contratación y de despido.**

En la etapa de sustitución de importaciones se había fortalecido un marco institucional protector de la fuerza de trabajo, al que se sumó el impacto redistributivo de la expansión del gasto público en la provisión de bienes y servicios de consumo colectivo.

La sucesión de políticas estabilizadoras en la última década desencadenó una prolongada caída de la demanda de mano de obra asalariada regular, dando lugar a una expansión del cuentapropismo y al crecimiento de formas precarizadas de trabajo.

En la preocupación de los organismos financieros internacionales, a inicios de la década del ochenta, aparecía en primer plano la lucha contra lo que se llamaba "pobreza absoluta", que planteaba una amenaza a la continuidad del crecimiento, porque significaba la desaparición de parte de la población por efecto de la privación económica en los países periféricos.

A partir de esta comprobación, se hacía necesario generar políticas de crédito hacia los campesinos, de subsistencia, pero sobre todo se efectuaba un llamamiento a la inversión pública en bienes sociales.

A fines de los ochenta, el panorama era otro, y la noción de que la pobreza debía ser enfrentada con la acción pública le sucedió el argumento de que era necesario "focalizar" políticas descentralizadas en los más necesitados y, en este contexto, reorientar la intervención social del Estado. La extensión de la pobreza, por lo tanto, enfrenta, a inicios de los noventa, una estrategia económica y una orientación de la intervención social del Estado que afectarán aun más los niveles de vida.

De hecho, a partir de la intervención social del Estado, se produce una reversión de la situación de la oferta de trabajo tal que, a fines de la década del '80 y comienzo de los '90, podemos hablar de la nueva vigencia de la prorroga empresarial en el mercado de trabajo.

Es importante mencionar que estos vehículos de la regulación, que ejerce el Estado sobre la fuerza de trabajo, tienen que ver no sólo con aquellos instrumentos que directamente la moldean y establecen las condiciones de contratación, negociación de los salarios, los derechos y las reglamentaciones del trabajo, es decir, la reglamentación laboral, sino que además tienen que ver con aquella parte de la intervención del Estado relacionada con la distribución de bienes y servicios.

¿Por qué digo esto? Históricamente, el Estado argentino estuvo encargado de proveer servicios (educación, salud, etc.). Estos significaron

* Investigadora del CONICET, especialista en Mercado de Trabajo y Pobreza.

** Véase el marco de análisis, desarrollado por R. Cortés y A. Marshall, Revista del Trabajo Nº 1, 1991.

no sólo la posibilidad de acceder a bienes de consumo colectivo, que de alguna manera mejoraban el nivel de vida, sino también resultaron un "piso superior" en la negociación de los salarios y permitieron que la responsabilidad de la manutención y educación de todos los miembros de la familia se trasladaran desde esta última hacia la sociedad. Creo señalar así la manera en que juega la retracción del papel del Estado; y no sólo sobre el nivel de vida en general, sino en las condiciones de la negociación de los niveles salariales, debido a que históricamente en la Argentina éstos estuvieron garantizados por el Estado, y en qué medida entonces esta retirada provoca una vuelta al mercado de la familia en general, no sólo en la participación del mercado de trabajo, sino una vuelta al mercado para la obtención de estos bienes y servicios que fueron previamente redistribuidos.

En este sentido también, cabe por supuesto, necesariamente, un análisis del proceso que sufriera la seguridad social en general. Me refiero al caso de las obras sociales y de las jubilaciones. En el primer caso se contaba con una financiación o subsidio a la atención de la salud. La regresión de los niveles del salario y de empleo, el aumento de la evasión y el trabajo en negro han provocado que las obras sociales ya no signifiquen, como sucedió históricamente, un seguro de salud colectivo financiado por los asalariados (se trató de un salario diferido) sino que nuevamente el tema de la salud parece ser uno de los ítems que van a ser dirimidos en el futuro por el mercado.

La retracción de la masa salarial parece afectar, además, de manera indirecta, ya que esta cobertura pasa a ser virtual: ha dejado de ser real. De alguna manera habría que vincular esta retracción del Estado, y esta reestructuración de la intervención social, que efectivamente provocan una caída en los niveles de protección de la fuerza de trabajo, con los cambios a nivel de las estrategias económicas.

Estas últimas, de hecho, pasan a ser en la Argentina de un largo plazo duradero de alrededor de cuarenta años, con demanda, incorporación de la fuerza de trabajo y estrategias económicas basadas en el mercado interno y que daban importancia al salario porque éste resultaba fundamental para sustentar el consumo en el mercado doméstico. Se pasa, entonces, a una estrategia económica que, de hecho, se sustenta en la expulsión neta de la fuerza de trabajo y donde el mercado interno, compuesto básicamente por asalariados y el consumo de éstos, deja de tener importancia.

La intervención social del Estado se compatibiliza con esa estrategia económica, y su retirada constituye una respuesta a ese cambio. Por lo tanto, vamos a ver —manejo sobre todo información de Capital y Gran Bs. As.— los efectos de esta retirada en el mercado de trabajo; hablo no sólo de una caída del salario, sino de un deterioro general de las condiciones de contratación y de protección que han provocado, en este mediano plazo, la transformación de una oferta de trabajo regular, protegida, en condiciones de estabilidad, en otra fuerza de trabajo carente de los niveles de calificación, inestable, sin seguridad en el empleo y que, en muchos casos, resulta intermitente.

Uno de los puntos que me interesa destacar en esta caracterización de los cambios ocurridos en la oferta de trabajo es que indicadores tradicionales, como la desocupación abierta, utilizados para analizar el mercado de trabajo ya no resultan importantes en la situación vigente. ¿Por qué? Porque, de hecho, podemos tener un nivel de desocupación abierta que, comparado con otros índices vigentes de América Latina, sea relativamente bajo. Incluso se menciona últimamente que cayó 1 o 2 puntos desde que está el plan Cavallo, pero son indicaciones que pierden importancia, en la medida que, en la Argentina, no existe un seguro de desempleo y por lo tanto, la situación de los sec-

tores con bajos ingresos no es la de desempleo abierto, sino la de empleo intermitente, de trabajo a destajo, de pocas horas y de subocupación.

En ese sentido, y así como se analiza tradicionalmente, la pobreza no es el equivalente a esa población marginal, mencionada en documentos de los organismos internacionales a principios de la década del '80 como el peligro de los años por venir en América Latina. No se trata de una masa marginal despojada de relación con el mercado de trabajo, sino que, en este caso, *la pobreza urbana en la Argentina es producto de una determinada inserción en el mercado de trabajo*. Los pobres no son los desocupados que nunca tuvieron una inserción o que tienen una inserción marginal. De lo que se habla actualmente cuando se dice "nueva pobreza" no es otra cosa que de la existencia, dentro del mercado de trabajo, de sectores que, pese a estar trabajando, lo hacen en condiciones que generan situaciones de pobreza extrema.

Hablar de "nueva pobreza" no significa definirla como lo hicieron los organismos internacionales que describían la pobreza rural extrema, sobre todo en países como algunos de los africanos, donde pobreza era igual a desocupación y había que encararla con políticas de lo que se llamó en ese momento, a principios de los '80, "generación de ingresos". Entonces comienzan a desarrollarse una serie de estrategias para enfrentar esa pobreza que tiene que ver con la asistencia y no con el análisis de cuál es la inserción de estos grupos en el mercado de trabajo.

Me interesaba aclarar esto de la "nueva pobreza", que aparece también en la convocatoria de este Seminario. Quizás podamos hablar en estos momentos de sectores que antes no habían padecido un marcado descenso en sus condiciones de vida, salario, condiciones de contratación. Son nuevos sectores que no sufrían esta privación, que sí padecen actualmente. Pero no podemos decir que la pobreza cambió

de carácter, sino que nos vamos a referir a ella como mediatizada por una determinada relación dentro del mercado de trabajo.

Creo que será importante tratar de recordar también cómo fueron los cambios en el mercado de trabajo urbano argentino. Sobre todo atendiendo a esta caída que mencionamos antes, una caída del trabajo asalariado industrial.

Si bien no hubo una disminución de la proporción de asalariados entre la gente ocupada en el mercado urbano de trabajo, sucedieron traslaciones importantes, de tal forma que ese mercado pasó de tener alrededor de la mitad de los asalariados en la industria, a otro con más de la mitad en trabajo de servicio. Estos cambios afectaron diferencialmente a hombres y mujeres: por ejemplo, en el caso de las mujeres, hubo un aumento neto de la proporción de mujeres que trabajan en servicio doméstico. Si en el '74 había un 13 o 14% de mujeres en servicio doméstico, para el '90 en Bs. As. constituían más del 22%. Otro proceso paralelo incluye el aumento en la proporción de varones en servicio doméstico. Existe una masculinización de una profesión que antes fue en un 95% patrimonio femenino. Ahora 25% de los varones se ocupan en esta tarea; supuestamente se trata de gente que labora en empresas de servicios, en empresas de limpieza en lugares públicos y privados, digamos subcontratados como personal de limpieza.

Otro cambio bastante revelador en estos años de transformaciones se refiere a la ausencia de una expansión del trabajo independiente. Este sufre un estancamiento y crece, en cambio, el trabajo familiar no remunerado. Son siglos de retroceso expresados en el deterioro de las condiciones de contratación al que, si le agregamos el análisis de la precarización del empleo como imagen global del deterioro de las condiciones de la oferta de trabajo, se acentúa. Entendemos por precarización del empleo, el deterioro de las condiciones de contratación y, básicamen-

te, toda la gama de trabajo negro, de trabajo no registrado, donde al empleado no se le paga jubilación, vacaciones, etc. Lo que observamos es que la expansión resulta tal que desde el 5% de los asalariados trabajando en esas condiciones en el año '80, se pasa en el '90, a un cuarto de los asalariados en condiciones de negro total. Es decir, un cuarto de los asalariados son trabajadores no registrados, el 70% de la fuerza de trabajo en Bs. As. y Gran Bs. As.

En el mercado de trabajo, entonces, podemos encontrar indicaciones de un proceso que comienza a mediados de los '70 y que se agudiza con la subutilización de la fuerza de trabajo y con la pérdida de la capacidad de negociación de los sindicatos. En este fin del milenio, se pierde, además, una característica que tuvo el sindicalismo en la Argentina y que fue la posibilidad de defender el nivel de vida y las condiciones de contratación. Entre el '55 y la actualidad, se implementó una sucesión de políticas de estabilización con mayores o menores diferencias para controlar sobre todo el ingreso asalariado. Pues bien, pese a esas políticas de estabilización, existe un largo plazo, relativamente estable de los salarios de los trabajadores y que se debe, justamente a la acción defensiva de los

sindicatos.

Cuando observamos que, junto con la desaparición o proscripción de los sindicatos en el '76, se produce un 40% de caída en los salarios, que con el restablecimiento de la democracia en el '83, no se reestablecen de inmediato sino recién en el '88, con las condiciones para la negociación colectiva, comprendemos por qué se trata de un deterioro cada vez más profundo y de largo plazo que, de alguna manera, nos lleva a preguntar en qué medida la recuperación económica —si es que puede darse en un contexto en el cual esta capacidad de negociación está muy deteriorada— va a traer aparejada, necesariamente, una recuperación y una mejora de los niveles de ingreso y de vida.

De alguna manera, y para una reflexión posterior, creo que uno de los temas que merece más atención de acá en adelante, es el papel que pueden llegar a jugar los sindicatos en la defensa de los salarios, de las condiciones de trabajo, de contratación y, finalmente, de las condiciones de vida, en un contexto donde cada vez más existe expulsión neta de la fuerza de trabajo, en un contexto donde cada vez más el papel del consumo asalariado es dejado de lado por la estrategia económica.

EXPOSICION DE Rolando Concatti*

Me parece oportuno explicarles cómo me he situado en relación con la breve exposición que voy a dar. He partido de un supuesto: la mayoría de los presentes tenemos plena conciencia de la violenta polarización social producida en el país en los últimos quince o veinte años. Si alguna duda nos quedaba, la exposición de Cortés ha sido clara y rotunda al respecto.

Esta polarización se expresa de manera dramática en los dos extremos: tanto en la opulencia, que llega ya a grados de exhibicionismo repugnantes, cuanto en la pobreza que nos toca y nos conmueve cada día más.

Precisamente, viniendo para acá pude entrever los dos rostros. Por una parte, leyendo los proyectos oficiales sobre un impuesto a la riqueza y un blanqueo a los bienes en el exterior, donde se reconoce oficialmente que un millón de argentinos tienen en el exterior por lo menos 100.000 millones de dólares. Y por otra parte, cuando fui detenido en el camino durante más de cuarenta minutos por una manifestación de jubilados, esos nuevos pobres, que reclamaban un aumento aunque fuera mínimo.

La opulencia y la pobreza son pues personajes cotidianos de nuestra realidad, a pesar de que exista una política más o menos deliberada de ocultamiento y disimulo. Pero no es de estos ocultamientos bastante evidentes de los que quisiera hablar *sino de otros ocultamientos y de algunas mutaciones menos visibles que, por su profundidad significan una transformación ya no accidental, sino cualitativamente decisiva*

dentro de lo que podríamos llamar la mentalidad del país, la mentalidad de la cultura occidental en estos momentos. No voy a hacer una apelación a la indignación sino más bien a que pensemos —aparte de las razones económicas— cuáles son las *razones morales, políticas, culturales que hay detrás de esta modificación y que están justificando lo que pasa*. Porque el silenciamiento no es sólo un silenciamiento oficial, artificial e impuesto: existe un silenciamiento que se va imponiendo por una especie de acuerdo el que, poco a poco, todos nosotros vamos aceptando.

Si les parece voy a hacer alguna proposición y alguna reflexión. Echemos, entonces, una mirada histórica sobre este tema de la riqueza, de la pobreza, de la reivindicación, y veamos cómo han aparecido en la historia del mundo.

Pobres ha habido siempre y, si somos honestos, diremos que la pobreza ha sido un enorme problema en la prehistoria y en la antigua historia de la humanidad. De algún modo, me interesa subrayar esto, porque durante milenios la existencia de muchos pobres en el límite mismo de la sobrevivencia y de una pequeña clase poderosa, dominante, era considerada "natural". Debemos reconocer que, durante siglos y siglos, se consideró a la pobreza un hecho natural, *incluso avalado por la religión*. Es decir, un *hecho querido por Dios o por los dioses*. Si uno se acerca a las religiones, que son la ideología del pasado, podrá observar que la mayoría de ellas avalaba esta situación como un hecho irremediable, como un hecho que pertenecía a la naturaleza. Hasta hace poco tiempo, hasta hoy mismo, las religiones hindúes, por ejem-

* Contador público; asesor de varias entidades sindicales; directivo de la Fundación Ecuménica de Cuyo y director de la publicación "Alternativa Latinoamericana".

plo, aceptan la existencia de clases, hablan, incluso, de las transmigraciones del alma en diferentes encarnaciones para justificar la existencia de castas inviolables. *Existe toda una mentalidad que ha justificado ideológicamente, éticamente, culturalmente, esta terrible diferencia.*

En realidad, el tema ha sido tocado críticamente por los profetas judíos en la Biblia. Ellos fueron los primeros grandes denunciadores de la injusticia y los primeros que afirmaron que la voluntad de Dios, y el reino que Dios promete, comportan la justicia. Sobre todo el más grande de estos profetas, *Jesús de Nazareth, quien va a fundar una nueva concepción del mundo y de la vida sobre la idea de la igualdad y la fraternidad de todos los hombres*, y del derecho de todos a poseer ya, desde esta vida, los bienes y los anticipos de lo que será, en definitiva, el Reino.

La religión que vino después de Jesús, la Iglesia que se constituyó a partir de él, creo que ha sacado consecuencias más bien ambiguas. Por un lado, el cristianismo ha significado una bomba de tiempo para las grandes desigualdades (y me parece justo decirlo). Pero cuando la Iglesia se transformó en iglesia de Estado, cuando se alió con el César, se transformó en un instrumento más de ideología, en un instrumento de consolidación de las más graves diferencias y que tiene como evidencia no tan remota —y lo cito porque me voy a referir a ella— la época medieval, impregnada de religión pero también de una enorme desigualdad social, en la que los nobles, los reyes, los señores, tenían un estatus; su vida, sus palacios, sus templos eran otros que los de la plebe, que los de los villanos, aquellos que vivían fuera del gran sector privilegiado del feudo.

Existe, entonces, un resultado ambiguo. Y quiero decirlo, porque vale la pena que tomemos conciencia de una cosa, la misma que nos impregna como si fuera un sentido común para vivir: el sentido de la igualdad. Esta es en re-

alidad *una conquista relativamente reciente*, un fenómeno de los últimos tres o cuatro siglos si lo alargamos mucho, cuando se produce una revolución económica y empieza a haber realmente la posibilidad de que existan más bienes para todos. En efecto, al haber más riqueza se comienza a disputar para que esa riqueza sea mejor distribuida y, al mismo tiempo, hay una renovación en el pensamiento. El pensamiento se desacraliza, se seculariza (como dicen los técnicos), se vuelve más de esta tierra, se torna un pensamiento no vinculado con otras fuentes sino con la razón del hombre.

Comienza entonces todo un largo, complejo pero formidable movimiento que, en diferentes instancias va a terminar (creo que vale la pena reivindicarlo) en aquel gran acontecimiento que es la Modernidad. Esta modernidad tan puesta en juicio en estos días, pero que de algún modo tiene sus formidables méritos, ya que va a formular el gran tema que inspira al mundo de los tiempos modernos o sea: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

La *libertad* fue un tema que ocupó mucho tiempo, por lo menos la libertad política, la libertad de los pueblos en algunas de las manifestaciones de lo que llamamos democracia. La *igualdad* fue una conquista difícil y la *fraternidad*, bueno, la fraternidad todavía es un sueño del cual muy poco se ha hecho y se ha construido efectivamente en el mundo.

Pero viendo este tiempo, este tiempo de avance, de conquista, de lucha (conquistas cimentadas en la sangre con avances y con retrocesos), me parece importante que nosotros lo meditemos. Porque no ha sido ni un avance lineal, ni una serie de triunfos espectaculares ni sucesivos, sino pautados y con muchas derrotas. Creo que uno puede señalar algunos elementos que marcaron el tiempo reciente para nosotros.

De hecho en 1879, la *Comuna de París*, ese gran sacudón, por un lado termina con una época de inminencia revolucionaria. Las clases

burguesas tomaron clara conciencia de lo que podía significar y, por eso, 1879 va a ser sucedido por casi cuarenta años de una de las represiones más feroces que ha conocido la historia. Algunos amigos dicen —y yo comparto la idea— que ahora vivimos algo parecido. Después del asalto casi revolucionario de los años recientes, las clases poderosas, que han cobrado plena conciencia del riesgo que corrían, están sometiéndonos ahora, decapitando, como se hizo en esa época, a los dirigentes de clases populares, a la juventud, matando los sueños, negando las posibilidades. Pero eso en todo caso lo dejamos para más adelante.

Mil ochocientos setenta y nueve va a significar, al mismo tiempo, un punto de llegada y un retroceso. Las propias clases dominantes se dan cuenta de que tienen que conceder —como han concedido— para que el mundo no sea un polvorín.

Podríamos hablar de 1917, no sólo por la revolución en Rusia, sino porque la revolución rusa (todo lo cuestionable que querramos) también lanzó en el mundo la evidencia de una inminencia de transformación social que por otras vías, por miedo al bolcheviquismo y al comunismo, dio lugar a la transformación de la socialdemocracia, con formas menos violentas, más negociadoras. Pero es indudable que éste es un siglo donde han habido avances espectaculares en todo lo que tiene que ver con la igualdad, con las conquistas sociales, con el reconocimiento de la clase trabajadora. Clase trabajadora que no llega al poder por la forma en que lo había imaginado Marx, pero que logra obtener un papel relevante en todos los países más o menos civilizados y desarrollados en nuestro tiempo.

Se podría hablar de 1930. *La gran crisis de 1930*, también una crisis que sembró la pobreza, pero de la que surgieron esquemas y situaciones con los cuales la época sería francamente distinta, ya que se aceptó mucho más la par-

ticipación en la riqueza, en los resultados empresarios para todos.

Podríamos hablar de 1945, que inaugura una nueva etapa en el mundo después de la guerra y que va a significar entre nosotros la aparición de los desarrollismos populistas, de los cuales se habla con facilidad tan mal, hoy en día, pero que significaron, sin lugar a dudas, un avance en la redistribución, en la conciencia social, hecho fundamental en la conciencia de los derechos y la igualdad.

Y por fin *el momento actual*, a partir de una crisis económica importante, la de 1973, por ponerle una fecha (podemos poner, si Uds. quieren 1979 para hacer ese paralelo que algunos proponen de un siglo, entre 1879 y 1979 con el advenimiento de Reagan).

Por un lado, éste ha sido el tiempo de la *crisis de los asaltos revolucionarios* en otras partes del mundo y ni qué hablar de América Latina. Baste decir que en este mismo sindicato o con este mismo grupo de gente nos hemos encontrado diez o veinte años atrás, ¡qué diferentes los aires o las expectativas! ¡Las inminencias que creíamos vivir en una época y en otra! Crisis de los asaltos revolucionarios, crisis de los diferentes socialismos. Crisis del socialismo ruso, pero también una grave crisis de casi todos los procesos socialdemócratas. Crisis, incluso, dentro de los países desarrollados, del keynesianismo, para nombrar con algún nombre económico aquel sistema donde la distribución, la participación del asalariado, se transformó en una de las claves para el funcionamiento de la economía y, en consecuencia, de todo el sistema social. Qué decir entre nosotros de las crisis de nuestros más endebles populismos que han perdido gran parte de su identidad.

Bueno, si hubiera que poner algún personaje o algunos personajes que representen esta época sin duda pondríamos a Reagan, a Thatcher. Reagan, un hombre insólito, sin gran cultura política pero capaz de llevar adelante el empu-

jón de la revolución neoconservadora. ¿Qué va a hacer esta revolución neoconservadora? Muchas cosas, pero sobre todo una gran agresión al Estado, al Estado benefactor. Denuncia lo que juzga un exceso de participación de los sectores laborales y de todo lo que fue el entramado legal de la sociedad reciente, en consecuencia, una liberalización brutal. Pero, en realidad, si se mira en profundidad, uno se da cuenta que comporta un "ajuste de cuentas" con este siglo de avance en el orden de la igualdad, en el orden de la equidad, en la distribución social.

La competencia económica, que es el gran tema de esta época, se transforma en la justificación ideológica de un paradigma que se aplica a toda la sociedad: la empresa tiene que ser competitiva, el Estado tiene que ser competitivo; triunfa el mejor, triunfa el más fuerte, triunfa el que mejor sabe luchar. También presume que en la sociedad triunfan los mejores. Es muy fácil pasar esta frontera y se pasa cuando se instalan ciertas ideas como: "los que son ricos, son ricos porque son mejores; los pobres son pobres porque quieren serlo o porque no supieron triunfar o porque no trabajan o porque no tienen capacidad".

Existe, en consecuencia, un *neodarwinismo*, como dicen algunos, una vuelta de aquella teoría de Darwin que sostiene que la selección de las especies se da por la vía de la violencia y sólo sobreviven los más aptos, los mejores. Esta teoría se aplica en este momento, a toda la sociedad, en términos inconscientes en algunos y muy conscientes en otros.

En consecuencia, nos encontramos hoy en una situación de *mutación cultural, ética y política de la mayor significación*. Incluso y, en alguna medida, de riesgo de que volvamos a una suerte de pensamiento de estilo medieval. No ya por la ideología de las religiones, pero sí por otras ideologías que cumplen la misma función encantadora, justificadora. Y sobre esto me voy a detener en tres puntos, con una breve referencia.

Me parece que estamos ante la inminencia y ante la evidencia de un *nuevo feudalismo*. En efecto, muchos datos nos hacen pensar que estamos reconstituyendo, de algún modo, una sociedad neofeudal. Estamos en presencia del sentido común conservador como pensamiento que se impone aceleradamente, incluso en los más afectados y, me parece, por último que estamos ante la situación de una *demisión*, de un renunciamiento de la política en su función más propia y específica.

Como en la revista que dirijo —"Alternativa Latinoamericana"—, ya he escrito algo acerca de este tema, me voy a tomar el atrevimiento de leerles algunas cosas.

En primer lugar, me referiré a los nuevos feudos, una realidad que se consolida y para lo cual basta, simplemente, echar una mirada sobre nuestras ciudades. "La idea de feudos en crecimiento no es una metáfora o una imagen evocativa, es una realidad concreta que va desde lo físico y espacial hasta lo simbólico y cultural. Los feudos se instalan en barrios concretos con viviendas fastuosas y soberbias, con sistemas de seguridad propios, con policías privados inclusive y diferenciados de la ciudad y de la villa; con colegios autónomos, televisión autónoma, vallados de piedra y hierro para protegerse y distanciarse. No son sólo feudos metafóricos, ya que en todas las ciudades de América Latina están instalando luchas y polémicas para diferenciarse políticamente, para constituir comunas autónomas con gobierno propio, recursos independientes, fuerza de seguridad separada."

En Mendoza existe un barrio que nació al lado de la gran ciudad y que actualmente pretende separarse políticamente de la capital. En Brasil, si no me equivoco, existen 18 proyectos relacionados con estas villas amuralladas para distanciarse, a fin de tener sus propios impuestos, su propia policía, digamos una vida completamente autónoma. "En realidad, los feudos no son individuales sino archipiélagos de feu-

dos, un conjunto que se desgrana por el país y, finalmente, por el universo. Están vinculados entre sí por medio del teléfono, por las redes satelitales y las comunicaciones computarizadas. Están uniformados por el estándar de vida y consumo. Se vive prácticamente igual en un gran barrio residencial de Buenos Aires que en uno de San Pablo, Santiago o París o Nueva York. Las modas son comunes, la moneda (hasta ahora el dólar) tiende a ser común. Los criterios de pertenencia se aproximan. Cada vez cuenta más pertenecer a una élite del dinero y del poder transnacional que a una nación concreta y a un país preciso. El reordenamiento en cada país termina siendo un reordenamiento transnacional."

El fruto de aquella famosa transnacionalización de la que hablábamos hace veinte años finalmente es éste. Nos encontramos con verdaderos feudos, vinculados entre sí, como un archipiélago, que ignoran, finalmente, a la Nación, su entorno. Actualmente asistimos en el mundo occidental, a la consolidación de un macrocentro del poder y la riqueza en el Norte y un archipiélago de feudos que están vinculados y se diseminan por el mundo del Sur. Desde luego que a esta situación corresponde la reivindicación de un pensamiento de diferencia, de distinción y de selección.

El segundo tema que me parece importante subrayar se refiere al sentido común conservador, que no es sólo el de un grupo sino que, a través de los medios de comunicación, se ha ido internalizando masivamente. "Al cercenamiento práctico de los derechos de los más pobres sigue la puesta en duda de esos derechos mismos. Y a la imposición práctica de los privilegios de los más poderosos sigue el afianzamiento de esos privilegios como verdaderos derechos. Lo grave es que esta nueva situación se internaliza entre los afectados; los pobres tienden a resignarse, los ricos a ensoberbecerse." No soy tan joven, pero estoy asombrado de la ostentación que vivimos en la Argentina, de formas de ri-

queza que eran impensables veinte años atrás. Las vemos en la televisión; el Presidente asiste a los mejores casamientos; este año se van a importar 40.000 autos todos de lujo, lo cual significa una señal exterior manifiesta, frutiva y espléndida de una capacidad y una situación económica superior. "Cultural y anímicamente los sectores más desprotegidos padecen de indefensión; el sentimiento de estar solos y desprotegidos en medio de la selva. La norma creciente es la del 'sálvese quien pueda', la ruptura de la solidaridad."

Por la otra punta, crece la omnipotencia de los poderosos. Su sentimiento de seguridad, la celebración de un éxito histórico que consagrará la verdad de sus preferencias. El derecho a exhibir sus lujos y a exhibirse como triunfadores con una nueva arrogancia.

La terrible y creciente polarización social afianza el convencimiento de que "no hay salida para todos sino sólo para algunos". Hay, pues, un mundo de elegidos y un mundo de excluidos. Y esta percepción se expresa en casi cualquier conducta cotidiana. Parece compartida por toda la sociedad, generando conductas adaptativas en todos, ganadores y perdedores: "... aprovechando la situación creciente de polarización social y el miedo de amplios sectores a perder lo ya adquirido, los comunicadores sociales de este nuevo proceso proponen el aplacamiento de las expectativas, el sentido común conservador. A la utopía sucede la resignación; a la ideología la antiideología, es decir, la confusión total sobre las opciones". Este movimiento, según sus mentores, no es sólo una vuelta al pasado, es también un anticipo del futuro. Louis Powels, quien junto con Guy Sorman debe ser uno de los ideólogos más importantes de la derecha francesa, dice triunfalmente: "... después de 1978 termina la época de los revolucionarios y empieza, por fin, el tiempo de la revolución conservadora. Ya no se trata de seguir pensando como en 1948 sino de pensar, a la vez, como antes de 1798 y como en el 2100". Como

antes y después de libertad, igualdad y fraternidad para todos. Este pensamiento, dicho proféticamente por unos pocos hace unos años, se difunde ahora por todo el mundo y se adopta en una mezcla de conciencia y de inconciencia.

Hago la última cita para mí muy importante, ya que creo que hemos perdido también el sentido de la política como nació originalmente; de la política como respuesta colectiva, como voluntad colectiva para establecer objetivos, para rectificar desigualdades y para conducir el proceso social.

Veamos claro, se renuncia a la tarea de mediación y de rectificación que la política comporta. Históricamente ella ha nacido como un intento de corregir las tendencias más salvajes de las relaciones sociales. Para ello propugna un estado de derecho, de reglas de juego, de búsqueda de una cierta armonía y de una cierta justicia.

La política moderna ha nacido y se ha justificado bajo ese lema de libertad, igualdad y fraternidad. Es decir, bajo el objetivo de controlar a los poderosos y a los privilegiados y proteger y promocionar a los débiles y a los desposeídos.

Asistimos a una inversión, a un retorno a formas feudales de la política, en las que implícita o explícitamente se reconocen diferencias

sustanciales entre los grupos y entre las personas.

El renunciamiento a la política es un retorno a la fatalidad y, en consecuencia, al espíritu fatalista. La política es una realidad moderna en la medida en que intenta romper con las fatalidades heredadas, corregir las fatalidades históricas, construyendo un proyecto diferente y convivencial.

En la medida en que la política se retira como empresa creadora del futuro, avanza el espíritu fatalista, la resignación, la búsqueda de salidas milagrosas, las evasiones, las ilusiones sin asidero. Hay un retorno al salvacionismo individual. Los jóvenes se quieren ir del país en busca de supuestos paraísos foráneos; la gente común sueña con escapar de su situación con las loterías y los juegos; los espíritus religiosos se sienten atraídos por las sectas o los astrólogos. Una nueva cultura, impregnada de fatalismo y de magia, se va instalando por todas partes.

Y termino. Hay, indudablemente una realidad evidente y a la vez oculta, chocante, de opulencia y de pobreza. Pero hay también una realidad subterránea y muy inquietante que es el cambio en el terreno de la ética, el cambio en el terreno de la cultura y el cambio en el terreno de la política. Nada más.

EXPOSICION DE Víctor De Gennaro*

Esto que fue puesto en claro con tanta precisión acerca de la nueva realidad cultural, ideológica, cada uno de nosotros lo ha sentido y lo siente permanentemente desde distintos ángulos, desde distintas actividades —en mi caso, desde el campo sindical. Es algo que nos golpea brutalmente, haciéndonos dudar en los puntos esenciales de la misma actividad política que transitamos y, acaso por eso, exija una contundencia de respuesta tal, que parece difícil contestar frente al grado de polarización que se impone tan cabalmente entre nosotros.

Ejemplo de esta situación podrían ser las dos noticias que aparecen en el diario de hoy: por un lado, la denuncia de una realidad de empobrecimiento en nuestro país que hacen las comunidades eclesiales de base y —siempre en el mismo diario y hoja por medio— por otro lado, la información de “American Express”, acerca de que la Argentina ha pasado a ser uno de los cuatro países, junto con Alemania, Japón y México, de mayor uso de la tarjeta de crédito de la élite en el mundo que de 270.000 usuarios ha pasado a tener uno de los más altos consumos.

Me refiero, entonces, a la paradoja que incluye un empobrecimiento cada vez mayor, expresado en la marginalidad —como decía la compañera— y la concentración en pocas manos de una gran riqueza.

Y la crisis es de tal magnitud que hasta hay que explicar lo obvio. Esta transculturación permanente a la que nos somete ese aparatito diabólico —por medio del cual los verdaderos defensores del pensamiento de los grupos económicos, que no son los periodistas ni los medios

mismos, día a día tratan de inculcarnos una ideología y una cultura diferentes— nos obliga muchas veces a explicar eso mismo acerca de lo que quizás hace un par de décadas no se podía dudar. Antes, por ejemplo, se afirmaba que el empobrecimiento de las mayorías populares suponía la acumulación en pocas manos de grandes riquezas, y a nadie se le ocurría cuestionarlo. Hoy se hace necesario, imprescindible cuestionar hasta la racionalidad de este proyecto neoliberal y las consecuencias que trae aparejadas para nuestro país y para toda Latinoamérica.

Parece mentira, pero tenemos que volver a defender algunas ideas que parecían existir ya en la conciencia de cada uno de nosotros, como por ejemplo que no es racional que en un país como el nuestro haya cuatro millones y medio de desocupados o subocupados o que, en lo que alguna vez fuera el granero del mundo, millones de compatriotas padezcan hambre. Parece que hay que decir que no es racional ese argumento que afirma que este modelo produce pobres debido a la indiferencia, a la no capacitación o a la haraganería de los sectores populares.

Parece mentira que tengamos que explicar que así como el desarrollo tecnológico, de hace más de tres siglos, de la revolución industrial llevó adelante procesos como el de Francia o Alemania, vía España empobreció a Bolivia y a Perú, porque estos últimos países poseían los metales más preciosos, el oro y la plata necesarios. Y tenemos que seguir explicando todavía, hasta hacerlo carne, que el mismo proceso de transferencia de riquezas al exterior se está produciendo en nuestros países por medio de ese

* Secretario General de la Asociación Trabajadores del Estado (ATE).

cáncer que se llama deuda externa. Y también que nosotros, necesitados de capital para desarrollar los procesos de industrialización, o para tener posibilidades de repartir la riqueza en nuestro pueblo, nos hayamos transformado, Latinoamérica entre otros, en los más grandes exportadores de capital. Más de 350.000 millones de dólares se fueron en la última década sólo en pago de la deuda externa, en los países que estamos no en vías de desarrollo o subdesarrollados, sino absolutamente dependientes, neocolonizados producto de tanta concentración en los países ricos, los mismos que financian gracias al esfuerzo y empobrecimiento de nuestros pueblos, ese avance tecnológico de la humanidad que, éticamente, como bien planteaba Rolando, sólo ofrece una cultura consumista del "sálvese quien pueda" y de los privilegiados del mundo.

Esta contradicción entre sectores populares y pudientes, también y cada vez más, se plantea entre países llamados del "Primer Mundo" y los que están como nosotros imposibilitados de desarrollar una perspectiva nacional y popular y un proyecto propio.

Debemos volver sobre éstas y otras cosas. No olvidemos que una transformación sigilosa ha sido llevada a cabo no gratuitamente con años de represión, de cercenamiento ejercido sobre los sectores populares, de destrucción de las organizaciones y, fundamentalmente, con algo que se desvaloriza en forma permanente en esta marginalidad creciente a nivel económico, y me refiero a la pérdida de poder real de los sectores organizados, ese poder que permite disputar la distribución vía salario o vía un Estado que, en el pasado, representaba políticamente a esos sectores para equilibrar las cuentas con los otros sectores de la economía. El Proceso significó no sólo la marginalización de los sectores populares sino también la desorganización. ¿Y esto por qué?

La marginalidad no organiza, no genera pro-

ductos de cambio organizativos que permitan estructurar o cambiar el poder. La marginalidad desestructura, desorganiza en la medida que obliga tan sólo a la sobrevivencia. Ante la imposibilidad de cambio real y concreto, los sectores más empobrecidos deben ocuparse de sobrevivir, tienen que aceptar determinados parámetros para poder hacerlo, como condición para sobrevivir. Y, sobre todo, porque día a día se incrementa el cuestionamiento hacia todo tipo de organización basada en perspectivas políticas diferentes. Hasta las propias estructuras sociales son cuestionadas, como si estuviera en crisis la solidaridad que permitió organizar a los grandes sectores populares para contrarrestar una política de concentración, de enriquecimiento, de polarización, de colonización, que bajo formas distintas siempre se hizo presente entre nosotros.

Esta crisis de los sectores populares recorre todos los niveles y exige, por lo tanto también, una clara y concreta redefinición de las actividades ya sea desde la organización vecinal, desde los sectores de la Iglesia, desde los sectores populares, prácticamente fracturados frente a la aparente imposibilidad de respuesta que descansa en la ruptura de la solidaridad esencial, la misma que hacía que los hombres pensáramos en juntar o unir nuestras fuerzas para alcanzar un poder diferente.

Y la solidaridad en la Argentina está en crisis. Y esta crisis viene de la mano de una cultura que enfrenta a pobres contra pobres, a maquinistas del ferrocarril contra usuarios, a docentes con padres de alumnos, a enfermeros o médicos con pacientes, cuando no a trabajadores del mismo sector. Para que uno pueda acceder a un salario digno, necesita ya no sólo que se desarrolle la fábrica a la cual pertenece el trabajador, sino además que quiebre otra fábrica de la misma actividad.

Se agrietan los modelos de construcción política o de poder que tradicionalmente se basa-

ron en la posibilidad de reparto de la riqueza sin una opción de poder concreto.

Entonces lo obvio, realmente se explicita ante nosotros con claridad: no hay forma posible de enfrentar ni de resolver los grandes niveles de marginalidad y empobrecimiento en nuestros países, si no somos capaces de recuperar un grado de organización que nos permita enfrentar el poder vigente. No se trata sólo de plantear una alternativa que termine también en una simple disputa de espacios electorales. Por otra parte, la desnacionalización del Estado, la pérdida de sus instrumentos de mediación lo tornan vacío (inclusive para los sectores populares) para desarrollar estrategias de poder a partir de "ganar espacios" en él: un Estado endeble, corrompible, fácilmente negociable a partir del gran poder de los grupos económicos, nueva versión del poder real que expresa este cuasi feudalismo, que se está imponiendo en los distintos estamentos de nuestra sociedad y de nuestros países latinoamericanos.

Es así como comienza a sentirse esta crisis: paralelamente al empobrecimiento y marginalidad de las grandes masas populares deviene un empobrecimiento de las ideas transformadoras como construcción política, y todos entramos en crisis, una de cuyas expresiones es la ausencia de alternativas claras y concretas. En todo caso, la respuesta a esas crisis no es factible encontrarla dentro de los marcos que nos ofrece el sistema, ya que él plantea con precisión un modelo, y dentro de él una alternativa para cada sector. Este modelo del "sálvese quien pueda", también incluye a la estructura sindical que acepta ser parte de ese fenómeno de poder financiado por los grandes grupos económicos.

Como nunca a partir de 1976, esto tiene que quedar muy claro.

Quizás yo comparta hoy con Uds. algo que vivimos dramáticamente. Siempre ha habido negociadores, traidores, duros o blandos en el movimiento sindical, pero jamás ningún nego-

ciador se hubiera atrevido, en plena época de la dictadura, a sacar una solicitada felicitando a los trabajadores que van a trabajar cuando hay sectores que promueven un paro. Jamás, aunque hubieran incitado "bajo cuerda" a la concurrencia a los lugares de trabajo. Jamás una organización sindical como la CGT se hubiera atrevido a suscribir sin ningún tipo de escrúpulo —como lo hizo la CGT San Martín, el día en que se fracturó, después de recuperado el gobierno en 1989, a dos meses de haber asumido Menem—, una declaración de principios en la que se decía que porque asumía un gobierno justicialista las organizaciones sindicales tenían que ser garantía de concreción de las políticas de su gobierno. Jamás hubieran explicitado a cara descubierta el renunciamiento explícito a su identidad, a la esencia de lo que son las organizaciones sindicales que, de esta forma, pasan a ser parte de la estructura de poder vigente, y abandonan el lugar legítimo que les corresponde, cual es ser la organización de los propios trabajadores que debe defendernos frente a los atropellos permanentemente padecidos. Pero esta actitud es posible porque esto es lo que exige el modelo vigente.

La crisis de los sectores populares, de las organizaciones sindicales, del pensamiento político de los proyectos de transformación se manifiesta ante nosotros cada vez más claramente. Hay muchos que, sin lugar a dudas, asisten rápidamente al intento de integrarse al sistema, maniobra que no es nueva. El sistema siempre tiene las alternativas: integra, corrompe o reprime.

Política es poder, construcción de poder. Y frente a este poder la única alternativa posible es la construcción de poder, de otro poder. Si no existe uno real, capaz de expresarse, de entrelazarse en la sociedad concreta, muy difícilmente se pueda expresar en un Estado, en una Nación, en un proyecto de Nación muy diferente. Por eso cada sector debe ser capaz de re-

constituirse: ser consciente de que se trata no sólo de la lucha reivindicativa o sectorial, de la disputa de un Estado que no existe, manejado por otros, sino fundamentalmente de la necesidad de construir poder social, un poder diferente.

Hoy, el sindicato no tiene capacidad de negociación, a menos que pueda construir un poder social. Es cierto que no existe solidaridad, y que esta carencia pesa en distintos sectores por rama de actividad. Es muy difícil que una fábrica metalúrgica logre solidaridad activa de todas las demás fábricas metalúrgicas para defender el puesto de trabajo, pero también está el ejemplo de San Nicolás o el de Villa Constitución: una fábrica metalúrgica es defendida por la comunidad, que se incorpora para permitir al sindicato defender el puesto de trabajo de toda la comunidad, es una solidaridad superior a la sectorial de rama de actividad. Si Río Turbio todavía está abierto —a pesar de que lentamente tratan de desestructurarlo— no es porque los mineros pudieron parar la mina o porque la organización sindical es poderosa, sino gracias a la construcción de un poder que entrelazó a toda la comunidad de Río Turbio, a toda la comunidad de Santa Cruz. Este hace imposible el cierre de la mina sin enfrentar a toda la población. Es una solidaridad superior que hoy está planteada ante nosotros como un desafío indiscutible. Vivimos el cuestionamiento de la actividad sindical, de la organización social, ya que no pueden dar respuesta al empobrecimiento general y a esta polarización. Pero frente a esto no nos podemos conformar con definiciones, o diagnósticos, o el planteo de las necesidades. Además del diagnóstico, además de las necesidades planteadas, lo fundamental hoy pasa por reconstituir a los sectores sociales. Quizá, en el movimiento obrero, sea importante asumir una reconstitución de poder diferente. Hace muy poco tiempo, en Rosario vivimos una experiencia totalmente nueva, diferente de aquel mode-

lo que postula salvar al sindicato a pesar de que la clase trabajadora pierda. De lo que se trata es de que se reconstituya una organización donde los trabajadores sean lo esencial. Pero hay que tener en cuenta que en esta sociedad, trabajadores no son sólo los que trabajan; son los jubilados, los desocupados, los subocupados a los que también tenemos que vertebrar y organizar.

Y quiero terminar con una reflexión. No resulta casual que sean los jubilados los que hoy protestan y enfrentan esta medida absolutamente injusta de terminar con la previsión. A muchos de los que estamos acá, que somos se supone muy conscientes, y de alguna manera nos sentimos representantes de muchos jóvenes o menores de 45 años, las palabras de Schultess, secretario de Seguridad Social, con respecto al no reconocimiento de los aportes jubilatorios depositados no nos provocó la reacción esperada. Nos informan que nos van a sacar el dinero a todos aquellos menores de 45 años y encima nos siguen descontando después. Y parece como que no hubiera capacidad de rebelarse. Esto que tendría que haber provocado la reacción, la denuncia de los miles de trabajadores que aportamos permanentemente, pasa como si nada, parece que estamos bajo una sombra absoluta y total, no podemos reaccionar. Sólo nuestros "viejos" lo hicieron, porque hubo algo que les permitió movilizarse: acaso el haber sido partícipes de otra cultura, el haber vivido otra cultura, el saber lo que significa la posibilidad de la solidaridad social, la salud para todos, educación para todos, jubilación para todos.

El creer que es posible es el primer paso fundamental para ser capaz de construir un poder alternativo. Por eso, hoy, la creencia en la posibilidad de ese otro poder resulta el paso central y primero que cada uno de nosotros tenemos que dar. Nadie puede ir a convencer a otro si primero él no cree a fondo en esta perspec-

tiva de la transformación real y concreta. Sólo puede resistir aquel que claramente esté dispuesto a construir un poder alternativo. Lo contrario implica tan sólo resignación: así las posibilidades concretas para los sectores populares dejan de existir. Por eso, más que nunca, la crisis no sólo tiene su raíz en el empobrecimiento

y en la marginalidad, en la polarización entre pobres y ricos y en un modelo cada vez más excluyente, sino en la capacidad que tenemos de ponernos a la altura de las necesidades concretas de nuestro pueblo y encontrar alternativas para construir un poder concreto y real. Gracias.

PREGUNTAS A LOS PANELISTAS

¿La pérdida de la capacidad de negociación de los sindicatos se debe sólo a la expulsión de fuerza de trabajo?

CORTES: Bueno, evidentemente, no. Pero si tenemos en cuenta que desde siempre el desempleo fue pensado como mecanismo para disciplinar a la fuerza de trabajo, y que en un contexto de alto desempleo la posibilidad de ofrecer resistencia a una estrategia económica es mucho menor, yo diría que en un contexto de prolongada expulsión de fuerza de trabajo la posibilidad de enfrentar una estrategia es más reducida y que, históricamente en el contexto argentino, los sindicatos entraron repetidamente en negociaciones con el poder político y se convirtieron, en diversas oportunidades, en la correa de transmisión de una política disciplinadora. Quizás, junto con esta pérdida de la capacidad de negociación debida al desempleo, uno debiera analizar qué pasa de ahora en más con aquella parte del sindicalismo en condiciones de negociar más de cerca y cómo interpretar esta pérdida de capacidad de negociación no sólo en función del desempleo sino también en relación con lo que es el sindicalismo.

Quisiera que profundizaras un poco más en la idea de construcción de un poder alternativo.

DE GENARO: Lo primero, y esto es lo que quería explicitar, es creer en la posibilidad de esa construcción. Si no se cree es muy difícil poner esfuerzo en ella. Acaso una de las consecuencias más nefastas de la dictadura de la seguridad nacional sobre nosotros haya sido el quiebre de la voluntad de poder, hacernos creer carentes de capacidades para construir un poder en nuestra patria. A pesar de que somos

mayoría, no podemos definir qué modelo de sociedad queremos, qué país queremos, qué forma de distribución, qué educación queremos, y somos mayoría. Y en el marco de la democracia esto parece más contradictorio. Entonces, la reconstrucción se realiza a partir de la propia base de sustentación: uno tiene que elegir desde dónde construye o reconstituye su poder.

En el caso sindical, si no reorganizamos a la clase trabajadora con presencia y con poder es muy difícil que tengamos siquiera capacidad de negociación. Ya no hablamos de resistir o no resistir, de combatir o no, posibilidad negada de acuerdo con los niveles de desempleo. Actualmente, esto resulta imposible si no se produce una reversión concreta de la política económica que se está llevando a cabo. Si el Plan Brady no encuentra una resistencia social adecuada, empobrecerá cada vez más al país, aunque haya algunos sectores que accedan a un convenio colectivo mucho más favorable. Pero, como clase trabajadora, perderemos fundamentalmente nuestra participación en la distribución del ingreso. Entonces, la única manera es empezar a reconstituir la capacidad de poder que, en última instancia, tiene la clase trabajadora, y para esto hay que reorganizar a los sectores reales y concretos: desocupados, subocupados, jubilados, hay que organizar a los trabajadores de muy distintos sectores.

Hace muy poco tiempo Fate, del grupo Madanes, tuvo 45 días de paro. Los compañeros tuvieron una fuerza tremenda. Había una gran solidaridad de todos los sectores trabajadores que no se pudo quebrar, pero la realidad concreta es que el grupo Madanes, que también debía rees-

estructurar la empresa, pudo tener una confrontación con el sindicato sin ningún temor, ya que el problema sólo afectaba a los trabajadores de Fate que pertenecen al neumático; los de Aluar, que son metalúrgicos y los trabajadores de Futaleufú, que son eléctricos, también son del grupo Madanes, pero a ellos no se los pudo movilizar. *Por eso, así como el grupo económico hoy tiene una distribución que le permite enfrentar a los trabajadores y a la distribución del ingreso de una manera diferente, los trabajadores tenemos que buscar una forma alternativa de construcción de poder que nos permita, en última instancia, cambiar la relación de fuerzas con esa patronal.*

Unificar a sectores del neumático, de la electricidad y metalúrgicos exige una unidad política diferente, una concepción de poder diferente. Y en este aspecto, el *poder alternativo* de los trabajadores sólo puede ser reconstituido a partir de la democratización de las estructuras sindicales. ¿Cómo es posible que haya una organización sindical que quiera discutir con un patrón, sin depender de éste, que no pueda hacer elecciones libres, que tenga estatutos que exijan para ser dirigente más condiciones que para Presidente de la República?

Los trabajadores solos no generan ese poder alternativo, precisamente en el último encuentro que hicimos las organizaciones sindicales en Rosario, tomamos conciencia de que el problema no está en la mayor negociación o combatividad, sino en la construcción de un poder político diferente. Y esto no se hace con sectarismo ni con antidemocracia al interior del movimiento obrero, sino con la convocatoria a poderes reales, los sectores empresarios nacionales, sociales, los sectores políticos, la comunicación y la cultura capaz de vertebrar un poder alternativo diferente. Este es un paso en la construcción de ese poder.

¿Cómo se llama la revista donde se publicaron los fragmentos que leyó el Sr. Concatti?

CONCATTI: Una parte fue publicada en "Alternativa Latinoamericana", en el N° 4. Otra parte se incluyó en un libro publicado por los chilenos con motivo de un congreso: "Hacia una nueva economía interdependiente", "Deuda externa y esquema cultural en Latinoamérica". No sé si se podrá conseguir en la Argentina. Y algún fragmento está escrito a propósito de esta reunión.

La igualdad es un concepto que se conocía en América mucho antes de la Revolución Francesa, y que es destruida sistemáticamente desde la llegada de los colonizadores hasta hoy. Nuestro ideal de igualdad tiene raíces autóctonas.

CONCATTI: Yo estoy muy de acuerdo. Si he parecido afrancesado en el planteo, lo lamento mucho, porque creo además en la reivindicación de las culturas aborígenes. De todos modos, es otra polémica.

Lo que quiero subrayar es que, de todos modos, más mal que bien, se impuso una cultura, un régimen, y que lo nuestro —incluido este retroceso— ha tenido que ver con un proceso universal: participamos de un proceso más amplio que incluye lo que sucede en la Argentina, en un proceso mundial.

Su relato histórico parece fatalista, ¿tiene alternativas?

CONCATTI: No era mi intención ser fatalista. Me quejo casi siempre de los planteos que nos dejan con la sensación de que estamos "en la lona" sin posibilidades de levantarnos. Pero están pasando cosas graves y hay que mirarlas con la gravedad que tienen. Creo que hay que acostumbrarse a mirar la historia como una toma de decisión, en la cual hay muchas influencias pero no propiamente fatalidades, en todo caso podemos pensar que lo que se opone a la fatalidad es lo que habitualmente llamamos voluntad política. Cuando los hombres resolvieron no padecer la historia sino construirla, re-

solvieron oponerse a la fatalidad como norma irremediable.

¿Cómo se modifica el concepto de Nación con la existencia de los nuevos feudos que Ud. menciona?

CONCATTI: Casualmente, el artículo de la revista "Alternativa" planteaba una reflexión a propósito de este tema, y una defensa de ese viejo y menospreciado concepto de Nación, pero que yo creo constituye uno de los fundamentos de la recomposición política y social posible.

En efecto, una de las agresiones del pensamiento neoconservador se dirige hacia el concepto de Nación visto como un pensamiento de derecha, de corte casi fascista. Creo que eso es muy grave, y que tenemos que recomponerlo, así también con la importancia de lo nacional-popular. Quiero decir de lo nacional como continente de todos. Somos una gran familia, unidos por lazos de solidaridad más profundos y que nos hacen co-responsables los unos de los otros. Esta es la idea fuerte, la idea afectiva de Nación, que ha sido a veces muy sentida por nuestro pueblo y le ha permitido construir cosas en función de su convicción nacional. Esto ha sido erosionado, para los que viven en este momento en esos feudos, como yo describía, la Nación no cuenta para nada. Ellos se creen, como se dice ahora, tan triunfalmente "ciudadanos del mundo", cosa muy buena creo yo, pero para algunos significa que vivir en nuestro país o en Amsterdam resulta igual.

Reconozcamos que la idea de Nación ha sido erosionada no sólo por derecha sino también por izquierda, para el caso pensemos en los profetas de la transformación social. Entonces una de las tareas es la recuperación de la idea, del sentimiento, de la vocación que significa la Nación.

¿Por qué la subcontratación o el mercado in-

formal se vincula con la pobreza? ¿Por qué el desempleo abierto no es un buen indicador del criterio de pobreza?

CORTES: Diré, sintéticamente, que la subcontratación en general significa trabajo en negro y, en ese sentido, impide, por ejemplo, el acceso a los bienes y servicios de consumo social que requieren de un recibo de trabajo, etc. Cuando planteaba lo de la tasa de desempleo abierto quise significar que no necesariamente descendió el nivel de desempleo en todo el país. Bajó en el Conurbano y creció en el resto del país. En promedio, el desempleo en la Argentina no descendió, eso hay que tenerlo en cuenta. Pero la subocupación tampoco lo hizo y, en general, la subcontratación continúa. Lo que yo planteaba es que no necesariamente es un buen indicador de pobreza porque en estudios hechos en el '90, en censos de villas, por ejemplo, la desocupación casi no existe, lo que hay es trabajo mal remunerado.

¿La capacidad de negociación es nula porque no hay respaldo de los propios trabajadores que ya no creen en sus dirigentes? Si no hay demanda de la sociedad y la dirigencia pareciera estar más ocupada en la repartija de cargos que en la búsqueda de una alternativa, ¿desde qué soledad se reclama a una dirigencia que no asume su función? ¿Por dónde pasa la construcción? ¿Cómo contener la avalancha conservadora irrefrenable, si los lazos de solidaridad están rotos? ¿Cómo se construye una alternativa de poder cuando tenemos sujetos convencidos de que ya no es posible una salida?

DE GENARO: Creo que hay una cultura que convierte a todos los sectores de alguna manera en víctimas de la situación reinante. Según ella, somos todos "víctimas" de lo que sucede afuera y, como víctimas concretas y reales, no tenemos la capacidad de resolver. Los pobres, entonces, no pueden cambiar esta realidad porque son "víctimas" de este sistema, pero no hay

ninguna alternativa. Los dirigentes no pueden plantearse ninguna alternativa de poder, porque son "víctimas" del descreimiento de la gente; las instituciones democráticas no tienen poder, porque son "víctimas" del desmoronamiento de poder concreto de los grupos que pueden dotarla de capacidad de negociación ya que hoy la transforman en instituciones formales. O sea que la cultura de la víctima es algo que debemos enfrentar inexorablemente si queremos construir un poder alternativo. Hay que asumirse como protagonista central y no delegar nuestra capacidad de construcción de poder; hay que pasar de ser "víctima" a ser parte de una construcción diferente. Este salto cualitativo significa asumirse con una responsabilidad diferente y, de alguna manera, enfrentar estas instancias que sí existen y que son reales desde otra perspectiva.

¡Cómo no va a ser bueno que la gente descrea de la mayoría de los dirigentes sindicales, políticos o sociales! Está bien eso. A mí no me preocupa, les preocupa a esos tipos. Y yo creo que es posible una alternativa porque la gente no cree en sus dirigentes. ¡Pero cómo va a creer si la mayoría son corruptos! Entonces eso habla bien de la gente, habla de que la gente está sana todavía, es consciente de que los tipos están preocupados sólo por ellos mismos. *El problema es cuando la gente deja de creer en sí misma*, cuando ese descreimiento nos lleva a no creer en nosotros mismos y en la posibilidad de construir realmente otra alternativa: en la familia, con los compañeros, en el trabajo, etc. En las asambleas y en cualquier lugar, se discute desde la caída de la Unión Soviética, la concentración del capitalismo a nivel mundial, hasta las separaciones de los compañeros, se discute todo. Está en discusión absolutamente todo, porque la realidad es tan compleja que si vamos a discutir qué hacemos con el trabajo, hay que enfrentar situaciones como la de Sierra Grande: una comunidad que, como cierra la empresa, tiene

el brote psicótico más importante del país. La situación es compleja. Por eso se discute todo: la organización, el sindicato, la economía mundial, lo personal, lo familiar, todo. La necesidad de respuesta no puede ser cubierta como en el pasado, por esos programas concretos donde se detallaba todo y a todo se daba respuestas. Todos los días tengo la posibilidad de recorrer el país y de ver cómo en cada ámbito y lugar se debaten alternativas buscando organizarse una y otra vez. Si esto se potenciara, acaso podríamos articular esa potencialidad y acaso también nuestro planteo sería distinto, porque en última instancia la política es el manejo de las relaciones de fuerza, y ese manejo es lo que nos permite a nosotros plantearnos si algo es posible o no. Yo sí creo que es posible plantearse un poder alternativo, en la medida que existe una gran necesidad de que ello ocurra.

Voy a contar dos hechos. En un momento determinado, el más grave, el Presidente de la Nación resolvió intervenir el gremio. Sacó una resolución, por intermedio del Ministerio de Trabajo, porque había caducado el mandato, etc. Hubo una gran discusión y resolvimos llamar, después de 7 años en la conducción, a una gran elección nacional, con voto directo. Era el peor momento, cuando mayor crisis y atomización general existían en todas las estructuras sindicales y en ATE también. Ahí están las propuestas: convenio colectivo, aumento de salario, no ganamos una, perdimos todo durante estos años, y sin embargo, se largó la elección y hubo una confrontación absoluta y total que permitió que, a pesar de los sectores que nos "tiraban" de un lado del Gobierno, y aquellos otros que nos "tiraban" del otro, se ganara ineludiblemente con el 96% de los votos. Es la posibilidad que vio la gente de construir una alternativa diferente. Esto demuestra que la única posibilidad que tenemos es la creencia en la fuerza de los compañeros. A ese poder se lo enfrenta con esto.

Hace muy pocos días se discutió una cosa muy embromada para el movimiento obrero, grave: la posibilidad de la unidad de los trabajadores. Se convocó a Parque Norte. No quiero decirles lo que significa para los trabajadores la idea de unidad: es el tema del poder, hemos aprendido que si no estamos unidos estamos jodidos. La unidad es un tema muy importante. Pocos dirigentes sindicales podíamos tener dudas. Nosotros resolvimos ausentarnos y no sólo por una conducta ética o moral, sino porque no es posible decir que existe una alternativa diferente si uno en la alternativa cotidiana hace totalmente lo contrario. La respuesta fue que más de 1.500 dirigentes recorrieran todo el país para apoyar y presionar simplemente por esa actitud. Hay tanta necesidad de reconstruir un espacio diferente que las actitudes éticas y de conducta hasta se valorizan políticamente. Si nosotros creyéramos que con esto alcanza nos equivocáramos. Si nosotros creyéramos que con la conducta y la ética alcanza para construir un proyecto político y un poder que permita negociar y cambiar las relaciones de fuerza nos equivocáramos. Pero éste es el "piso" para poder hacerlo, no se puede decir que es posible y tener todos los días una conducta contradictoria.

¿A qué atribuye la desconcientización de la clase trabajadora que, por ejemplo, sigue apoyando al actual gobierno?

DE GENNARO: Yo no soy provocador, pero voy a poner en duda esta pregunta. Las estadísticas de compañeros, y hasta algunas publicadas oficialmente, señalan un fenómeno digno de tener en cuenta. El propio IDEP ha efectuado una que analiza la dispersión del voto, donde se muestra que el peronismo ha perdido prácticamente el 35% de su voto histórico. Ha ganado a otros sectores. Donde antes se escribía "viva el cáncer" hoy se vota a Porto, no tengo ninguna duda, o se votó a Duhalde hace un año. Esto también es cierto.

El sentido del voto ha cambiado en nuestro

país. No quiero decir que no haya trabajadores que votaron a Menem, a Duhalde, etc. Menem en el '89 es pecado de muchos. Pero en el '91 no hay ninguna duda, fue una derrota importante; ganaron con la mayoría electoral. Antes siempre hablábamos de la mayoría, nos traicionaron pero por lo menos hablábamos de la mayoría. Lo que existe es una dispersión del voto de la clase trabajadora, porque hoy no hay una identidad del voto de la clase trabajadora en términos partidarios. Esto es nuevo. En ningún sector se puede hablar en términos partidarios. La mayoría de la gente sabe y lo dice: "nos han reventado los radicales, los peronistas". Además, la mayoría vota a un partido para elegir intendente y a otro para diputado: es decir que ha habido una dispersión muy grande, una atomización del voto en los sectores populares. No hay una identidad partidaria asumida como clase, cosa que sí había en otra época, cuando el peronismo significaba la identidad como clase, era un proyecto político sintetizado en Perón. Se murió Perón en 1974, acabamos de terminar el duelo en 1991, cuando realmente entendimos que el cachetazo que se nos ha dado es bastante grande, que no tenemos una identidad política los trabajadores. Este cambio y este salto cualitativo han sido muy importantes. Yo no daría por sentado que los trabajadores han votado mayoritariamente a Menem, como clase o sector. Lo electoral es una coyuntura, y también pesa la falta de una alternativa clara que capitalice esa perspectiva. En este caso, quizá la capitalizaron otros sectores, desde Rico hasta Héctor Cavallero en Santa Fe, o partidos municipales o vecinales o provinciales o, realmente, la imposibilidad de esa alternativa hizo grande lo que significa la estabilidad. Y, frente a la falta de alternativas, uno trata de sobrevivir. Recordemos que lo peor que nos ha pasado como trabajadores es la hiperinflación, el proceso de transferencia de riqueza más desalmado que hemos tenido, que provocó una pelea de

pobres contra pobres como jamás vimos y que, gracias al grado de solidaridad, no tuvo consecuencias más tremendas de violencia entre nosotros. La estabilidad ahora empieza a ser cuestionada por los mismos sectores trabajadores, y creo que estamos en la antesala de expresiones concretas de luchas sociales diferentes, que se están expresando en las provincias a pesar de que los diarios no las registren. El jueves pasado recorrieron la ciudad de Corrientes más de 4.000 compañeros encolumnados, no sólo docentes y compañeros de ATE y de Salud Pública, sino también de todas las comunidades y barrios aledaños a Corrientes, que invadieron el centro defendiendo el hospital y la escuela pública. Esto que no sale en los diarios es algo que está empezando a aparecer en muchos lugares, en muchos sectores, provincias o intendencias.

¿No cree Ud. que el socialismo ruso no fue más que un arma neoliberal que, por aquel entonces —y ante la amenaza de un levantamiento en busca de libertad, igualdad y fraternidad— sometió, en forma feudal y despiadada, a todos los habitantes? ¿No cree que lo único distribuido entre todos fue sometimiento, pero no el progreso ni el desarrollo que fue sólo para unos pocos oligarcas feudales?

CONCATTI: No creo que sea para tanto. Nos encontramos con situaciones paradójicas: cuando el socialismo soviético tenía éxito, si uno decía alguna cosa en contra pasaba por facho, nos costaba una barbaridad hacer mínimas observaciones a Rusia. Pero “la mano” se dio al revés y, entonces, hay que criticar con todo. No. Creo que fue un proceso. Esto da para una larguísima polémica, hay mucho que discutir y que estudiar y que saber, todavía no sabemos todo. Creo que fue un proceso muy importante en el cual se tomaron algunas trágicas decisiones, y yo estaría dispuesto a discutir inclusive si la ideología de fondo, la propuesta marxista, llevaba o no inexorablemente a ese resultado. No cre-

o que haya existido una maniobra neoliberal; es más: creo que jugó positivamente en el desarrollo del mundo aunque no dio todo lo que podía, fue un referente con peso específico en el contexto mundial, que jugó en favor de medidas más socializantes en todo el mundo.

¿Cuál es el sujeto social de la reversión de la ola neoconservadora? ¿Qué significa hoy “proletariado”?

CONCATTI: Esto yo me lo podría sacar muy rápido de encima, porque los que tienen que hablar del sujeto social son los sociólogos. Yo no sé nada de eso. Creo que la pregunta es honesta, y que hay que darle una respuesta honesta también. Creo que la pregunta sería: ¿Quiénes se oponen o nos oponemos? Cuando escucho hablar a Víctor o a otros como él, entiendo que tiene la honestidad de no repetir el verso ultra-proletarista que, además, devenía de una concepción en la cual se pensaba al proletariado como único agente con fuerza para revertir, por necesidades casi mecánicas, la historia. Estamos delante del desafío de construir una red de necesidades en común, de nuevos proyectos, de la capacidad de asumir la situación en toda su complejidad y no con recetas fáciles que han sido algunos de nuestros defectos del pasado.

Sigo creyendo en la vieja fórmula pueblo-antipueblo: veinte años atrás nos resultaba muy difícil defender estas ideas, porque sectores muy rigurosos de izquierda afirmaban que sólo el proletariado iba a llevar un proceso revolucionario adelante; los demás, según ellos, eran pequeños burgueses inútiles que podían alardear más que acelerar. Creo que eso lo hemos aprendido, que tenemos una capacidad de discusión y búsqueda más grande. Fíjense lo que estamos haciendo hoy, discutiendo el tema “hacia el fin del milenio” en un sindicato, organizado por una institución de estudio de ese sindicato. Esto es una novedad grande. Veinte

años atrás veníamos a pedir perdón a un sindicato, a pedir permiso con muchísimo cuidado. Ahora no. Ahora hay ganas de escuchar todo pensamiento más o menos nuevo, progresista, que sume, y yo tengo esperanza. Creo que la gravedad de la crisis en el mundo está haciendo pensar en serio a mucha gente. Yo creo que hay replanteos serios y profundos, éstos van a permitir salir del dogmatismo que durante 70 años significó una facilidad para no tener que pensar en la complejidad de la economía, lo social, de la construcción del poder. No el poder que se conquistaba de algún modo con una suerte de golpe palaciego. Esta enorme tarea se está haciendo de verdad y creo que signos como éste se están dando en el mundo.

¿Cuál es la evaluación respecto de la teología de la liberación, la acción de los sacerdotes, por ejemplo en la pastoral villera y en el grupo de movimientos de villas y barrios carenciados?

CONCATTI: Esto me toca inclusive personalmente. Creo que la teología de la liberación va a ser vista en el futuro como un intento muy original y muy válido por redescubrir el sentido más profundo de la fe y del mensaje cristiano. Que se haya acertado en todo es otro tema. Tengo una visión positiva y al mismo tiempo circunstanciada históricamente. No sé si en este momento la cosa va por ahí. Pero cumplió con ese momento y dejó una experiencia cristiana en América Latina, que es inédita en el mundo. ¿Qué va a pasar en el futuro? No lo sabemos, pero creo que de verdad la vivencia cristiana de las comunidades de base y la formulación de la teología de la liberación no está agotada y va a dar para el futuro. Y respecto a la pastoral de los curas villeros, tengo una muy buena impresión. No sé si todo el camino va por ahí, pero han significado en la Iglesia Católica el testimonio más verdadero y más incuestionable en estos años tan negros.

¿Es la militancia la herramienta necesaria para revertir la crisis, aun en estos tiempos? ¿Cómo hacer para transmitir estos valores solidarios en esta época tan salvaje?

CONCATTI: En otra época yo no hubiera dudado en afirmar que era la militancia, porque la veíamos, estaba ahí, existía, la tocábamos. Acaso algún examen de conciencia colectiva tengamos que hacer a este respecto todos los que hemos creído en esa militancia. Personalmente creo que no sólo fue destruida por el salvaje ataque de los militares, hubo errores de los que habrá que hacerse cargo, de un tiempo muy propicio que desperdiciamos y que si ahora lo analizáramos probablemente nos ofrezca algunas lecciones para el futuro. La militancia peronista de los años '70 no ha hecho —no hemos hecho— una discusión acerca de los aciertos, de los errores y de lo que puede ser en el futuro. De todos modos, hay que creer que la gente no cambia tanto. Después de una gran desmovilización, existe también un retorno interesante de parte de la juventud. ¿Cómo hacemos nosotros para transmitirles valores solidarios? Y es algo que está como problema hasta con nuestros hijos. ¿Cómo hacemos para comunicarles cosas, para movilizarlos? No soy tan pesimista, me da la impresión de que en varios terrenos se está empezando a hablar de nuevo y seriamente, para decir una cosa que estoy viendo de cerca, creo que a pesar del desastre de la educación, se está empezando a hablar de nuevo de la recuperación que hay que hacer en ese sentido, de los objetivos. Tengo una opinión modestamente optimista al respecto y no es mucho más que eso lo que puedo decir. A lo mejor respondo muy mal, pero es lo que puedo decir por el momento.

La crisis expresada entre sindicalistas-afiliados, ¿a qué creen que se debe? ¿La opulencia de los sindicalistas condice con la pobreza de los afiliados? ¿El poder de los sindicatos es bue-

no? ¿Y los otros poderes son malos? ¿Así de simple?

¿Por qué creen que nadie está contento con los servicios de salud que hubo hasta ahora, creen que si fuesen buenos todos los querrían cambiar?

¿Qué ocurre con los mismos integrantes asalariados de clase media baja que luchan para recortarse de sus clases, para acceder a esos nuevos feudos?

¿Hoy se está realmente en condiciones de poder para negociar de igual a igual o, dentro de esa desigualdad, los objetivos de mínima para negociar en qué punto se convierten en concesiones?

DE GENNARO: En todas estas preguntas está planteado el tema de los sindicatos paralelos. Me parece interesante. En la actividad estatal hay sindicalismo paralelo, por eso hay modelos enfrentados claramente. En el '55, lo primero que se hizo fue crear sindicatos paralelos, por el tema de la libertad sindical, y había cientos de sindicatos paralelos. En el Estado, la reconstrucción del poder sindical dependió de la alianza con el gobierno o la construcción de una representación cada vez más concreta con el poder de los trabajadores. Esto, en la actividad estatal, existe. El sindicalismo paralelo existe entre los docentes, en salud, etc. Uno es el modelo de subsidio por el Estado y otro el modelo de los trabajadores. En la actividad privada resultaba más complicado, porque el poder de negociación estaba en el convenio, en la rama de la actividad. Hoy esto está cuestionado. Por lo tanto, el sindicato paralelo no es una cosa que cuestione la unidad de los trabajadores, como sucedía en otros momentos. Por lo menos hay apertura a este debate, sobre todo cuando uno ve la realidad concreta. Dentro de toda "la malaria" que significa ser parte de los trabajadores estatales, sabemos que en la época del autoritarismo los primeros en recibir la represión directa fueron los estatales. Y es cierto. Y por eso hubo

desafiliación masiva y persecución. No tanto sucedió en la actividad privada. Pero en esta última, aun en democracia, se sufre la mayor persecución de la actividad sindical. Cualquier compañero que intente representar una lista con cierta representación en una actividad importante, termina despedido por la patronal. Es muy difícil conservar el puesto de trabajo para conseguir alternativas democráticas, esto hay que ponerlo entre comillas. Sobre todo, cuando hay estructuras sindicales que en su estatuto ponen como condición ineludible haber pertenecido a la actividad durante los dos últimos años en forma ininterrumpida. Por lo que, cuando se sabe que van a ser candidatos, dejan de trabajar un día y listo. Entonces, la persecución en la actividad sindical privada es una manera directa de impedir la democratización de las estructuras sindicales. En la última etapa se está dando un proceso no sólo de dificultades para presentar listas: cuando se logra presentarla se trampean las elecciones, caso Gas del Estado o de SUPA, cuestionadas ante la justicia. En el caso de Gas del Estado, para que Uds. tengan una idea, los trabajadores firmaron una declaración jurada ante el juez, diciendo la lista que votaron, al sumar esos votos uno por uno, el resultado ofrece muchísimos más votos que los resultados. Era una urna de 100 votos y en realidad tenía 300 firmas. Hay dificultades de tamaño importancia, que hoy la estructura sindical paralela es algo que no se descarta en esta recomposición del movimiento sindical.

Cuando haya una definición política de esta naturaleza al interior de la estructura sindical, van a producirse cosas nuevas.

En Rosario, en este encuentro de los sindicalistas, hemos convocado al Congreso de los Trabajadores Argentinos, donde lo importante es la representación sindical. Y hacia allí confluieron secretarios o delegados de base, dirigentes de regionales y secretarios generales. El

desafío de construir la nueva orgánica del movimiento sindical de un modelo diferente es darle cabida a estos sectores con presencia organizada y además a los compañeros jubilados y a las estructuras que organizan a los desocu-

pados, que es en conjunto la clase trabajadora que tiene que presentar un nuevo modelo sindical. Creo que no es el sindicato paralelo como lo es en Brasil, pero sí hay nuevas formas organizativas que se están planteando.

INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE ESTADO Y PARTICIPACION



Av. Belgrano 2527 - 1096 Capital Federal
Tel.: 942-4575 / 4586 / 4685 - Fax: (00541) 943-4468

